

tares en su realización, el Museo Molino se convirtió en realidad palpable. Durante veinticuatro meses fue levantándose lentamente esta obra que constituye, por obra del pintor Vicente Nello, la viva representación de las características de la arquitectura manchega. Y precisamente en una ciudad donde no existe un patrimonio artístico como cabiera esperar.

Vicente Nello, autor del proyecto, diseñó un palacio que parangonaba a las casonas desaparecidas de Valdepeñas. Una cuidada rejería, carpintería y el ennoblecimiento de la piedra corrió parejo al estudio de volúmenes externos de las casas nobles del lugar, teniendo en cuenta su distribución interna. El edificio, desde el exterior, ofrece un equilibrado aspecto, según Raul Carbonell: «Dos escudos procedentes de sendas casa desaparecidas, adornan la fachada principal. Un mediado torreón tildado de veleta, equilibra los volúmenes de la concepción total. Al pasar, nos encontramos con un zaguán blanco que tiene algo de característico: es un banquillo de piedra ornado con flor de lis, en el cual se dice que se sentó el rey Carlos II a su paso por esta ciudad. El banco de piedra en tris de desaparición fue recogido y recuperado. El zaguán tiene acceso a un pequeño patio que a su vez comunica con la vivienda del vigilante. Y frente a la puerta principal, la cancela de cuarterones que da a un patio impresionante. Un patio rectangular, empedrado, con un gran rombo y al centro la tarjea de piedra viva. Seis hermosas columnas sostienen las galerías del piso de arriba. Hermosas barandillas de boliches torneados recorren tres partes de la misma y la cuarta muestra una reja sacada de los derribos de una casona valdepeñera».

En torno al patio se distribuyen las tres grandes naves que albergan la imaginación pictórica de Gregorio Prieto y que muestran su quehacer paso a paso. Un Gregorio Prieto

que recibía dos homenajes en un mismo año: El de este Museo y la concesión de la Medalla de Oro a las Bellas Artes.

Toda una obra pictórica

Italia, Grecia, Inglaterra, la Mancha están representadas en la obra del genial pintor. Ensoñaciones poéticas y vitales plasmadas en pintura. «Homenaje a Taormina», uno de sus cuadros más bellos y Molinos de la Mancha, de Holanda, Castillos de nueva hechura intelectual, arcángeles que destruyen ingenuamente a demonios.

«La obra de Gregorio Prieto —señalaba Raul Carbonell— enlaza con lo clásico y así lo dice Carlos Edmundo de Ory. El talante del artista, su interpretación de la vida, es postista. Su manera de ser, a mí me parece postista. Su forma de reaccionar, su forma de sentarse. Por eso la etapa en que Gregorio Prieto recurre a la fotografía como una manera de ensanchar recursos, la considero de gran interés, ahora que el fotomontaje y la ilustración a partir de la fotografía, es ya una técnica como lo pueda ser el óleo, el aguafuerte o el dibujo». «En su trayectoria el postismo es otra cosa, otra clase de necesidad, no un paso evolutivo que sería lógico en una vida tan prolongada. Es, pura y llanamente, un encuentro con la lírica que quizás no se atrevió a enseñarse para ser menos vulnerable ante sus dudas íntimas».

El Museo también contiene, además de los incomparables cuadros del pintor, retablos y objetos, bustos del creador —obra de Joaquín García Donaire— y del músico Frank Litz, única escultura realizada por Gregorio Prieto. También hay un cuadro cedido en depósito por el Círculo de la Concordia.

Una vida dedicada a la pintura y a las artes

Perteneciente a la generación del 27, Gregorio Prieto

La obra del genial pintor tiene nueva casa en el Molino-Museo recientemente inaugurado en Valdepeñas.

Cuadros, esculturas, retablos y obras de otros artistas componen el inicial patrimonio de esta exposición permanente.
